

res han obtenido permiso para salir de la ciudad, y los hombres que han de permanecer en ella, ponen en seguridad todas las cosas de valor (1).

El único que en esta general perturbación mantuvo alta la cabeza, fué el cardenal Carafa. Desplegó en esos días críticos una extraordinaria actividad para los preparativos, para la justificación de Paulo IV en manifiestos a los príncipes cristianos (2), para el definitivo convenio con Francia, como también para ganarse otros aliados. Para conquistar a la señoría de Venecia, que persistía aún en su neutralidad, se envió como delegado a mediados de septiembre a uno de los miembros más aptos de la cancillería pontificia, Francisco Commendone, obispo de Zante. Este comisionado había de pedir también ayuda en Urbino, Ferrara y Parma (3). Pero ahora como antes atendía Carafa muy diligentemente a asegurar a su familia un principado. El mismo hombre que en todas las partes del mundo concitaba el odio contra España, promovía con ardor febril la formación de una gran coalición antiimperial, y hasta se esforzaba por conseguir el auxilio de los turcos (4), entablaba al mismo tiempo ocultas negociaciones con

(1) V. Massarelli, 297; Turnbull, n. 538; Summarii, 359; Navagero en Brown, VI, 1, n. 609 y en Albèri, 394; cf. también Andrea, 41 s.; Riess, 142 s.; Arch. stor. Napolit., XXXV, 562.

(2) Sobre los manifiestos cf. Propugnatore A. VIII, 1875, I, 345 s., 347 s.; II, 153 ss.; v. también Passarini, 213 s., 226 ss.

(3) Cf. Brown, VI, 1, n. 616; Gratianus, 57 s.; Ancel, Sienne, 31 ss. La correspondencia de Carafa con Commendone puede verse en las Lett. di princ., XXII^a (*Archivo segreto pontificio*); cf. Nonciat., II, 480, nota 1, 495, nota 1.

(4) Ya en la memoria secreta compuesta por Casa en mayo de 1556, se había indicado la utilidad que podía prestar la intervención de la flota turca, al estallar la guerra contra España (v. Martinetti en la Riv. Europ., 1877, IV, 229 y Ancel en las Nonciat., II, 602). Al Papa nada se dijo de este asunto al principio (v. las explicaciones de Ancel en las Nonciat., I, LXXXVIII, por las cuales queda refutada la afirmación de Brosch [Comunicaciones del Instituto Austriaco, XXV, 483], de que el pensamiento salió del Papa). Paulo IV no tuvo noticia de esto hasta septiembre de 1556 (v. Ancel, Disgrâce, 120). Por efecto de la inseguridad del auxilio de Francia, se había puesto entonces la situación en tanto peligro, que era de temer para Roma un segundo saco; a consecuencia de eso, César Brancaccio, enviado entonces a Francia, recibió en 23 de octubre de 1556, por medio del card. Carafa, la instrucción de que instase a Enrique II a hacer partir rápidamente la flota turca en caso necesario (Duruy, 377. Nonciat., II, 479). Más tarde Carafa en su proceso procuró negarlo todo al principio; pero se le demostró, que repetidas veces había invocado la ayuda de los turcos (v. los autos del proceso en el apéndice de

el enemigo para alcanzar sus fines personales, aun para el caso de que fracasase el plan de una gran guerra, por efecto de la inconstancia de Enrique II (1).

Las circunstancias favorecieron mucho por algún tiempo a Carafa en la ejecución de esta difícilísima parte de su programa. En vista de la ocupación de la mayor parte de la Campaña, llevada al cabo tan rápida como fácilmente, el partido de la paz ganaba en Roma cada día nuevos adictos. No solamente el cardenal Juan Alvarez de Toledo, sino también el francés du Bellay y el embajador de Francia, que en modo alguno tenían plena seguridad sobre si se decidiría Enrique II a una gran guerra, aconsejaron al Papa que concertase un ajustamiento (2). Como también Carlos Carafa y su hermano Juan, así como Pedro Strozzi trabajaron en este sentido, dió Paulo IV su asentimiento a entrar en negociaciones con Alba. El dominico Tomás Manrique (3) partió para Anagni

Nores, 483 ss., especialmente 500). En una carta dirigida a Pío IV por febrero de 1561 durante su prisión, confesó Carafa, que no solamente había pedido ayuda a los protestantes, sino que también había propuesto al sultán Solimán I por marzo de 1557, que desistiese de su guerra contra Hungría y se arrojase con todo su poder sobre Nápoles y Sicilia; pero que todo le había sido ordenado por Paulo IV (Bromato, II, 369, nota). En realidad el Papa al principio había hecho representaciones al embajador francés en contra de la alianza con los turcos (Ribier, II, 615), pero con todo después se había alegrado tanto más de semejante ayuda indirecta de los turcos, cuanto mayor era su situación peligrosa por la irrupción de Alba en los Estados de la Iglesia, y cuanto más enérgicamente aconsejaba eso el nepote (cf. Brown, VI, 1, n. 600; Riess, 161). Aunque muchas veces habló el Papa más tarde todavía de una ayuda por medio de los turcos, siempre con todo se trataba solamente de un auxilio indirecto, de la alianza de Francia con los turcos, la cual Paulo IV con su ciego ardor contra los españoles aprobó y fomentó sin duda alguna, porque esperaba por ese medio un mejoramiento de su mala situación (v. Brown, VI, 3, n. 1163; Ribier, II, 718). De una *directa* alianza de Paulo IV con los turcos, que muchas veces se ha afirmado, pero que ha sido negada ya por Bromato (II, 308), no he podido hallar ningún vestigio. Lo mismo me asegura Ancel, el mejor conocedor de la historia de Paulo IV. El rumor de que Paulo IV había pedido y solicitado ayuda de los turcos, se extendió pronto muy ampliamente (v. Hosii epist., II, 801, 845). Estas cosas son las horrendas de que escribe Canisio en 28 de julio de 1557, que se difundirían por todas partes contra el Papa (v. Braunsberger, II, 108).

(1) Cf. Ancel, Sienne, 35 ss.; v. también Riess, 180.

(2) V. Brown, VI, 1, n. 621. En 14 de septiembre de 1556 notifica C. Paleotti: *Tutto hoggi sono stati con S. Stali revmi S. Jacomo et Parisi per tal effetto (negociaciones de paz). *Archivo público de Bolonia*. Cf. también Cavalcanti, Lettere, 206.

(3) Profesor de Teología en la Universidad romana; v. el **Rotulo dello studio de 1559 en el *Archivo segreto pontificio*, Arm. 11, t. XLV, pág. 84.

el 16 de septiembre. Para el examen de las proposiciones de Alba nombró Paulo IV en 17 de septiembre una comisión de cardenales, compuesta de siete miembros. Al anochecer del mismo día fué de nuevo Manrique a verse con Alba, para volver el 19 con nuevas proposiciones, acompañado de Pacheco, secretario del virrey. Sobre ellas deliberó la comisión de cardenales el 20, 21 y 22 de septiembre, el 22 en presencia del Papa. Paulo IV dió su asentimiento para que el cardenal Juan Alvarez de Toledo y Carafa negociasen el 26 personalmente con Alba en Grottaferata (1).

Parecía que Carafa había llegado sumamente cerca de su fin, de asegurar para todos los eventos un principado a su familia, por medio de negociaciones con los imperiales; pero no había contado con la naturaleza de su tío, que súbitamente mudaba de resolución. Este en el último momento revocó su asentimiento a la conferencia con Alba (2).

En Roma, donde se habían puesto las mayores esperanzas en el resultado de la entrevista (3), fué grande el desengaño por haberse ésta frustrado (4). Ahora más que nunca se hacían preparativos en previsión de un asedio. Todos los religiosos tuvieron que hacer atrincheramientos para su defensa. «No se puede absolutamente expresar con palabras, escribía Massarelli en su diario, cuánto tiemblan los romanos; sólo piensan en huir.» (5) Para tranquilizar al pueblo trasladóse Carafa el 24 de septiembre al palacio de S. Marcos, por incómodo que le fuese este alejamiento del Vaticano, donde a diario tenía que tratar negocios con el Papa. Estaban al lado del cardenal Pedro Strozzi y el duque de Somma (6).

(1) Cf. Brown, VI, 1, n. 616, 620; Massarelli, 297 ss.; Summarii, 360; la *carta de C. Paleotti, de 21 de septiembre de 1556 (loc. cit.); Nores, 129 ss., 360 ss.; Cavalcanti, Lettere, 207 s.; Coggiola, A. d. Cornia, 235; Ancel, Sienne, 36 ss.; Riess, 150 ss.; Nonciat., II, 466, 482 s.

(2) Cf. Brown, VI, 1, n. 630; *Avviso di Roma de 26 de septiembre de 1556 (Cod. Urb. 1038, pág. 162; *Biblioteca Vaticana*); Ancel, Sienne, 37.

(3) *Si sta in speranza grandissima di pace, escribía C. Paleotti, cuando notificó en 23 de septiembre de 1556 la cercana conferencia. *Archivo público de Bolonia*.

(4) V. la *carta de C. Paleotti de 26 de septiembre de 1556. *Archivo público de Bolonia*.

(5) Massarelli, 298. Carta de C. Paleotti de 26 de septiembre, loc. cit. Brown, VI, 1, n. 631. *Avviso di Roma de 26 de septiembre de 1556, loc. cit.

(6) Estos tres, se dice en un *Avviso de 7 de noviembre de 1556, sono quelli che fanno et governano ogni cosa. Loc. cit., pág. 173.

El 25 de septiembre llegaron a Roma de Montalcino 350 infantes tudescos con Blas de Montluc, valiente defensor de Sena: gente ejercitada en la guerra, pero en su mayor parte luteranos alemanes, que se mofaban de la misa y de las imágenes de los santos, y en el Papa sólo veían al príncipe que les pagaba. De estos «defensores» tuvo ahora que sufrir Paulo IV cosas, que en otras circunstancias hubiese castigado con muchísimo rigor. También los romanos hubieron de padecer extremadamente de estos mercenarios; por espacio de muchas noches tuvieron alumbradas todas las ventanas, disposición de defensa que iba dirigida no solamente contra los enemigos que había delante de los muros, sino también contra eventuales tentativas de saqueo de parte de la guarnición (1).

Otras malas noticias del teatro de la guerra infundían a los romanos nuevos temores. El 26 de septiembre había Alba tomado a Tívoli, y el 1.º de octubre cayó en su poder Vicovaro, importante por su situación; y pronto se perdieron también Palombara y Neptuno (2). Ya se acercaban vagando los jinetes enemigos hasta llegar a los muros de Roma, la cual, si se daba un serio ataque, estaba perdida. Los campesinos tenían que sufrir las peores vejaciones de amigos y enemigos (3).

A excepción de Paliano y Velettri, casi toda la Campaña o campo romano había caído en manos del enemigo, y a la Sabina amenazaba la misma suerte. Pero todavía más que estos golpes, había de afligir a Paulo IV el quedar también ahora dudosa la intervención de Francia con todo su poder, y el haberse pasado por octubre los Farneses al partido de España. Octavio Farnese volvió a recibir a Plasencia y Novara, reservándose con todo los españoles el derecho de poner en ellas guarnición, y el cardenal Alejandro sus rentas sicilianas (4).

(1) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 620, 631 y en Albèri, 401, 408; Massarelli, 298; *Avviso di Roma de 26 de septiembre de 1556; cf. Duruy, 193 s. Sobre Montluc v. Courteault, Blaise de Montluc, París, 1910.

(2) Cf. Turnbull, n. 545. Sobre la suerte de Neptuno v. Tomassetti, Campagna, II, 331 s.

(3) Cf. Massarelli, 298 s.; Navagero en Brosch, I, 203, 210; Summarii, 365 s.; las *cartas de C. Paleotti, de 30 de septiembre y 7 de octubre de 1556 (*Archivo público de Bolonia*). Según el *Avviso de 3 de octubre de 1556, la noticia de la caída de Vicovaro llegó hacia medianoche; loc. cit., pág. 148; ibid. pág. 169 hay un *Avviso de 24 de octubre, en que se lee: La Campagna anderà vacua. *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Ancel, Sienne, 30 s.

Mientras Paulo IV no se cansaba de desfogar su violento encono contra el emperador y su hijo en sus conversaciones (1), el cardenal Carafa seguía negociando con Alba por intermediarios. A fines de octubre y principios de noviembre tuvo a este fin entrevistas con el cardenal Santa Flora, que se celebraron con riguroso secreto. También Venecia hizo entonces trabajar en favor de la paz por medio de un enviado especial. El secretario Febo Capella negoció en la primera mitad de octubre con Alba y el Papa, pero sin resultado (2).

El 18 de noviembre terminaron los combates junto a Ostia, cayendo esta fortaleza en manos de los españoles, y con esto quedó también cortada la comunicación de Roma con el mar (3). Alba ofreció después un armisticio de diez días, que Carafa aceptó, sin dar parte de ello al embajador francés en Roma (4). No sin dificultad logró obtener el asentimiento de su tío, lleno de la más profunda desconfianza, a que se hiciesen nuevas negociaciones de paz; y para esto le expuso, cuando precisamente entonces se desbordaba el Papa en las más apasionadas declaraciones contra España, la necesidad de ganar tiempo, hasta que llegase el auxilio francés. Fuera de eso, Paulo IV no creía en el buen éxito de esas negociaciones (5); los romanos en cambio se lisonjaban de que se acercaba el fin de la guerra (6).

Como lugar de la entrevista de Alba y Carafa se eligió la

(1) Cf. las relaciones de Navagero publicadas por Brown, VI, 2, n. 669, 674, 695.

(2) Cf. Brown, VI, 1, n. 659 s.; VI, 2, n. 684, 701; Ancel, Sienne, 38 s.; Riess, 165 s.

(3) Cf. Massarelli, 299-300; Brown, VI, 2, n. 701, 711, 713; Cola Coleine, *Diario (*Bibl. Chigi*); Andrea, 61 s., 72 s.; Cabrera, Felipe II, I, 2, c. 15; Carinci, Lett. di O. Caetani?, Roma, 1893, 212 s.; Pratesi en Arte e Storia, XXVIII; Riess, 174 s.; ibid. 156 s. sobre el abastecimiento de Roma. La ciudad *mezo assediata sta molto male, notificó en 21 de noviembre de 1556 Jacobo Bannissio al card. Madruzzo. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(4) Cf. Ribier, II, 668; *Avvisi de 19 y 21 de noviembre de 1556, loc. cit., 175^b, 176 (*Biblioteca Vaticana*); la relación de Alf. Fantuzzi, fechada en Roma a 21 de noviembre de 1556 (*Archivo público de Bolonia*); v. también Coggiola, A. d. Cornia, 339 s. El texto de la Tregua se halla en el apéndice de Nores, 410 s.; Passarini, 135 s.; cf. Nonciat., II, 502, nota 2.

(5) V. Brown, VI, 2, n. 695, 707, 713, 714. Firmes promesas de Enrique II habían llegado a Roma hacia el 18 de octubre de 1556; v. Corresp. de Lanssac, 515 s.

(6) Según el *Avviso di Roma de 21 de noviembre de 1556, se apostaba el setenta por ciento en favor de la paz.

Isla Sagrada, situada entre los dos brazos del Tíber, junto a Ostia. El 24, 25 y 27 de noviembre negocióse aquí con todo ardor. Es indudable que Carafa en estas conferencias pidió a Sena como recompensa por la restitución de Paliano a Marco Antonio Colonna, exigida por los españoles; en cambio de ello estaba dispuesto a ponerse enteramente de parte de España. Como Alba afirmase no tener poderes para tan importante concesión, se convino en que su secretario Pacheco y asimismo un hombre de la confianza de Carafa fuesen a verse con el rey Felipe. Para aguardar su respuesta se prolongó el armisticio otros cuarenta días (desde el 28 de noviembre hasta el 9 de enero) (1).

Mientras los romanos volvieron pronto a renunciar a sus esperanzas de paz (2), apoderóse la más profunda desconfianza de las potencias que habían estado hasta entonces al lado de Paulo IV, Francia y Ferrara (3). En este momento crítico desplegó Carafa todo el arte de su política maquiavélica. Hasta el presente había trabajado con tanta habilidad, que amigos y enemigos se afanaban con ardor por ganárselo (4); pero ahora se acercaba el peligro de que se descubriese su doble juego y saliese fallido. El cardenal hizo todos los esfuerzos posibles para impedirlo. Declaró a los embajadores de Francia, Ferrara y Venecia, que las negociaciones y el armisticio sólo tenían por fin ganar tiempo, hasta que llegase el ejército auxiliar de Enrique II (5). Cuando el 11 de diciembre Federico Fantuzzi, como estaba convenido con Alba, se partió para la corte de Felipe II, como representante de Carafa, ya el día antes Julio Orsini se había puesto en camino para verse con el rey francés, con el fin de tranquilizarle en lo tocante al armisticio, asegurarse de las intenciones de Francia respecto a España y

(1) V. los extractos de las relaciones de Alba según los *originales que se hallan en el *Archivo de Simancas*, en Riess, 446 s. y Nonciat., I, xcvi; II, 502, 504, 645 s., 647 s. La afirmación de Pieper (pág. 90), de que Carafa sólo entonces «súbitamente» puso los ojos en la adquisición de Sena, muestra que este investigador, tan excelente por otra parte, no ha penetrado los planes del nepote. Bien y severamente es criticada por Pallavicini (13, 20) la demanda de Carafa. Cf. también Pratesi, Un storico incontro tra il card. Carafa e il duca Alba: Arte e Storia, 1910.

(2) V. los **Avvisi de 6 y 12 de diciembre de 1556. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Corresp. de Lanssac, 533 ss.; cf. Ancel, Sienne, 41 s. y Nonciat., I, xcvi s.; II, 507 nota, 515, 523 s.

(4) Cf. Ancel, Sienne, 46, nota 3.

(5) Ibid., 41 s.

en orden a Sena, y según ellas tomar la decisión por la guerra o la paz; porque Carafa mismo no sabía aún entonces si sería más ventajoso dirigir su política, llena de intrigas, a uno u otro fin (1).

La misión de Fantuzzi no se efectuó en nombre del Papa, sino en el de Carafa; su instrucción oficial de concertar la paz sobre la base de las conferencias de Ostia, fué sólo escrita aparentemente. En realidad había él de averiguar, si Felipe II, en vista del peligro de una coalición antiespañola, se mostraba inclinado a conceder a Sena al hermano del cardenal; y en caso afirmativo, Carafa entonces con toda su familia se pondría de parte de España (2).

Por el mismo tiempo Carafa, que gustaba de jugar a dos manos, emprendió todavía otro lance. En la mañana del 15 de diciembre salió de Roma con gran acompañamiento, sin saber nadie qué era lo que intentaba (3). Sólo al día siguiente comunicó el Papa al Sacro Colegio, que su sobrino iba a Venecia para dar gracias a la Señoría por sus buenos servicios en procurar la suspensión de la guerra, requerir su ulterior mediación, y averiguar si, como se refería, el rey Felipe había invocado a los venecianos como jueces árbitros. En una junta de cardenales nombróse después el 20 de diciembre a Carafa legado para toda Italia, y a la verdad, como dicen las actas consistoriales, ¡para procurar la paz! (4)

Esto ciertamente no halló crédito, mayormente cuando el Papa, a pesar de hacer mucho hincapié en su anhelo por la paz, siempre con todo hacía resaltar, que en ello había de quedar enteramente a salvo la dignidad de la Santa Sede. Pero de esta dignidad tenía Paulo IV un concepto tan alto y extremado, que todo agravio a la misma lo tenía por ofensa de Dios, y estaba dispuesto a sufrir antes el martirio, que a sacrificar lo más mínimo de ella. Por eso el cardenal Morone dijo al secretario de Alba antes de su partida, que tres cosas había de tener siempre fijas ante los ojos:

(1) Sobre la misión de Fantuzzi y Orsini v. Pieper, 91 s.; Riess, 454 s.; Ancel, Sienné 45 s., 49 s., y Nonciat., I, xxxviii, xcvi s.; II, 520 s.

(2) Cf. la profunda investigación de Ancel, Sienné, 49. La instrucción oficial para Fantuzzi se halla en la edición de Norez (pág. 412 s.).

(3) Cf. las relaciones del embajador boloñés y del ferrarés en Ancel, Sienné, 50 y Nonciat., II, 537.

(4) V. las relaciones de Navagero, publicadas por Brown, VI, 2, n. 763, 766, 767, 768 y Acta consist. cancell., VII (*Archivo consistorial*). Un *breve credencial para Carafa, dirigido al duque de Ferrara, de 14 de diciembre de 1556, se halla en el *Archivo público de Módena*.

primeramente, que el Papa, aunque fuese preso y tuviese el cuchillo a la garganta, nunca asentaría a la reintegración de los Colonnas en Paliano, porque le parecía demasiado indigno, que como príncipe se le resistiese con fuerza en su propia casa, y que como Papa un rey de Nápoles, que era feudatario de la Iglesia, le hiciese violenta oposición; en segundo lugar, que Paulo IV, con la irrupción en el Estado de la Iglesia, se tenía por tan gravemente ofendido como príncipe así eclesiástico como temporal, que el rey de España tenía que pedirle disculpa por medio de un enviado especial; y en tercer lugar, que era indispensablemente necesaria la devolución de los lugares del Estado de la Iglesia que habían sido tomados. Según la opinión de Morone, si no se concertaba la contienda de este modo, era de esperar el último extremo, la excomunión y deposición de Felipe II, sin atención alguna a que sobreviniese luego la defección de España e Inglaterra. Opinaba Morone en una carta a Pole, que aun cuando no llegase el auxilio francés, y el Papa se viese desamparado de todo el mundo, no desistiría de las demandas que tenía por justas; y que ni siquiera el influjo de Carafa era capaz de hacer en esto mudanza alguna. En la misma carta hace notar Morone, cuán poco se fiaba Paulo IV de los españoles, porque miraba a los hechos y no a las palabras, y ahora como antes temía, que se negociase con él sólo en apariencia para ocupar aún el resto del Estado de la Iglesia (1).

Para precaver este último extremo, se afanaba Paulo IV arduosamente por ganarse la alianza de la poderosa Venecia. En 11 de noviembre manifestó al representante de la república de S. Marcos, que la paz sólo era posible para Italia, después de la expulsión de los bárbaros; y que Venecia y la Santa Sede eran las únicas que podían conseguir esto. Que pasarían centenares de años sin que volviese a aparecer un Papa que mirase tanto como él por la libertad de Italia (2).

De conformidad con esto, Carafa, que había llegado a Venecia el 21 de diciembre, propuso al senado una alianza ofensiva y defensiva. Pero los prudentes venecianos perseveraron en su rigurosa

(1) V. en los núms. 34 y 35 del apéndice las importantes *cartas de Morone de 28 de noviembre y 12 de diciembre de 1556. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Cf. las relaciones de Navagero y F. Capella, publicadas por Brown, VI, 2, n. 755.